

A ese Dios bueno Jesús lo invoca siempre como Padre. Lo llama *Abbá*, una expresión que en los hogares judíos utilizaban los niños pequeños al hablar con su padre. Jesús vive a Dios como alguien tan cercano, bueno y entrañable que, al comunicarse con él, le viene espontáneamente a los labios esa palabra cariñosa: *Abbá*, «Padre querido». No encuentra una expresión mejor.

Ese Padre bueno es un Dios cercano y accesible a todos. Cualquiera puede comunicarse con él desde el secreto de su corazón. Él habla a cada uno sin pronunciar palabras humanas. Él atrae a todos hacia lo que es bueno y nos hace bien. Los sencillos lo conocen mejor que los entendidos. Para encontrarse con él no son necesarias liturgias complicadas como la del Templo. Basta encerrarse en un aposento y dialogar con él en lo secreto. Dios no está confinado en ningún lugar sagrado. No es necesario peregrinar a Jerusalén ni subir al monte Garizín. Desde cualquier lugar y en cualquier momento del día o de la noche es posible levantar los ojos al Padre del cielo. Jesús invita a todos a confiar en su bondad: «Cuando oréis, decid: “¡Padre!”» (Lc 11,2).

Ese Padre, bueno y cercano, es de todos. Busca a sus hijos e hijas allí donde están, aunque se encuentren perdidos, aunque vivan de espaldas a él. Nadie es insignificante a sus ojos. A nadie da por perdido. Nadie está huérfano. Nadie camina olvidado y solo. Según Jesús, Dios «hace salir su sol sobre buenos y malos; manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,43). El sol y la lluvia son de todos. Dios los ofrece como regalo, rompiendo nuestra tendencia a discriminar a quienes nos parecen indignos. Dios no es propiedad de los buenos.